

DON ELÍAS TORMO Y MONZO*

Señores académicos:

Quiero que conste en primer término mi gratitud a vuestra llamada para contribuir a esta sesión que hoy habéis convocado en honor de vuestro insigne conterráneo y mi inolvidable maestro don Elías Tormo Monzó, cuyo centenario hemos conmemorado hace pocos meses. Estoy doblemente obligado a aportar a esta sesión mi contribución personal, primero, porque tuvisteis la bondad de elegirme correspondiente de vuestra Academia tiempo hace y era ésta la primera ocasión en que requeríais mi colaboración. Pero, además, mi entrañable afecto y devoción de discípulo a la memoria que hoy queréis enaltecer, la de don Elías Tormo y Monzó, hacía para mí inexcusable y honrosa a la vez la asistencia a este póstumo homenaje a su persona y a su obra.

Miembro ilustre don Elías de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en la que tuve el honor de que fuera él quien me diera la bienvenida hace veinte años, al conocer nuestra corporación, hermana vuestra, la intención de celebrar este acto que celebráis en su honor y mi asistencia a él para tomar parte en esta conmemoración, la Academia de San Fernando me encargó —y así lo hago constar ahora— que la consideraseis presente en esta sesión al invistirme a mí con su especial representación.

He tomado la palabra y la pluma en varias ocasiones para recordar en público la personalidad excepcional de mi maestro (1), pero ella era tan rica, tan llena de matices, no de todos conocidos, y su vida y su obra fueron tan dilatadas y generosas, que no se agotaría fácilmente el tema de trazar la silueta de maestro tan valioso y tan humano. No pretendo, pues, trazar una puntual biografía de su figura —que ello sería materia de un libro—, sino de señalar algunos rasgos de su persona y de su original talante de hombre y de maestro. A mí me unió con él una relación que fue estrechándose con los años y que comenzó en 1926 al matricularme en la asignatura de Historia del Arte del Doctorado de Historia de la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid, re-

lación que no cesó hasta su muerte. Él habló poco de sí mismo, aunque algo explicó de su relación con la historia del arte al editarse por el Consejo de Investigaciones Científicas un libro con escritos dispersos suyos, muy difíciles de hallar, y que publicaron sus editores Sánchez Cantón y Diego Angulo sin invitarme a colaborar en el homenaje, aunque, ciertamente, no estuve menos cerca que ellos del maestro y me unió a él afectivo y asiduo trato que llegó a veces a colaboración. Y me lo corrobora el propio libro, porque al abrir el ejemplar que poseo, para repasar su texto al preparar estas notas, hallé de nuevo la conmovedora dedicatoria autógrafa de don Elías con esta breve y para mí emocionante frase: «A mi queridísimo Lafuente. Elías Tormo. 9 Noviembre 1949.»

Le quedaban ocho años de vida, muy laboriosos aún algunos de ellos, tristes los últimos, porque en su cuerpo recio, la memoria, la prodigiosa y a veces excepcional memoria de Tormo, falló antes de que su organismo claudicara, ensombreciendo esta laguna el último período de su existencia. Había nacido en Albaida en 1869, lo que quiere decir que al morir, en 1957, tenía ochenta y siete años, vividos la mayor parte de ellos con salud cabal; era recio, vigoroso, incansable, capaz de someter a su cuerpo, en el estudio o en los viajes, a esfuerzos tan duros y continuados que no los hubiera soportado un hombre joven. No obstante, como una premonición providencial, cuando se acercaba al último decenio de su vida, le oía siempre repetir, sin dramatismo alguno, sino con sonrisa de serenidad consciente: «Todos los días pido a Dios que no me haga vivir más allá de los ochenta años.» Una como secreta e interior advertencia le hacía ver los peligros de superar la edad de la integridad mental cuando el cuerpo todavía puede servir como máquina, pero el esfuerzo de su cerebro cansado puede entorpecer la vida psíquica e intelectual. Recuerdo con dolor angustiado mis últimas visitas a don Elías, cuando salía a saludarnos a mí mujer y a mí, con su afabilidad habitual, acompañado de sus hijos y nietos; pero en su mirada y su sonrisa flotaba una vaga inseguridad lagunar que, pese a su cortesía, nunca desmentida, nos hacía dudar si realmente nos había identificado, por lo menos a lo largo de toda nuestra charla.

He dicho que don Elías era de Albaida, valenciano, y profundamente ligado por las fibras más entrañables de su corazón a su región natal, que amaba profundamente. ¡Con qué satisfacción recordaba su infancia y las excursiones a los pueblos vecinos del suyo, de los que evocaba en la vejez tipos y rostros, hábitos y paisajes, rememoraciones que hacían llenar

* Palabras pronunciadas en la sesión conmemorativa dedicada a su centenario por la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, de Valencia, el día 6 de marzo de 1971, por el Excmo. Sr. D. Enrique Lafuente Ferrari.

(1) En la ocasión de su muerte fui yo quien se encargó de su encomio póstumo con unas cuartillas que lei en la sesión necrológica y que se publicaron en la revista *Academia*, n.º 5, 1955-57, p. 39; al cumplirse el centenario del maestro también publiqué en la misma revista una disertación leída ante la Academia y publicada en el número del primer semestre de 1969.



de alegría su semblante! Porque el hombre anciano parece que aviva su gusto de vivir cuando vuelven a su memoria, con nitidez superior a la de los acontecimientos próximos, las memorias lejanas de la infancia. Todo lo de su tierra lo amaba: su paisaje, sus costumbres, sus convecinos, parientes y paisanos, sus rincones y fiestas. Y se sentía orgulloso de los contemporáneos ilustres que, en el campo del arte, alcanzaron el éxito y la fama internacional, como Segrelles, el gran ilustrador y dibujante.

Por mi parte, no olvidaré que en las Navidades de 1935, en vísperas de la ominosa guerra civil, de la cual ya flotaban barruntos en el ambiente, quiso organizar con sus alumnos una excursión de estudio a su región valenciana. Yo, que era auxiliar de su cátedra desde hacía muchos años, le acompañaba siempre en estos viajes, que eran para mí gratísima lección permanente y continuo aprendizaje. Don Elías disfrutó en aquella ocasión más que nunca, y aún recuerdo que en nuestro viaje, en días cortos de diciembre, camino de Valencia, tuvo decidido empeño en que nos detuviéramos en Albaida, para enseñarnos, a medias luces, su pueblo, sus calles y su propia casa, para presentarme a sus familiares, los que yo no conocía, porque sus hijos y nietos eran ya y han seguido siempre desde entonces siendo entrañables amigos y casi familiares para mí, sin que nuestra relación haya cesado tras la muerte del maestro. Porque don Elías, que tuvo una leyenda de hombre serio y poco comunicativo, leyenda que él fomentaba y que le servía para ahuyentar a los lagotos y latosos, que tanto abundan, era un hombre lleno de afectividad, de alegría y de buen humor, que en él tenían más valor porque, para conservar tan inestimables dones, había tenido que sobreponerse a adversidades e íntimos dolores que la vida no le ahorró. El era un hombre inverosímilmente capaz de silencio; podía viajar semanas y meses solo, absolutamente solo, sin más compañía y distracción que sus libros y sus apuntes, infinitos apuntes que tomaba ante todo, porque todo le interesaba: topografía, paisaje, monumentos y obras de arte, costumbres, usos y peculiaridades de cada pueblo o país que visitaba. Tormo era, viajando con alumnos o colegas, de una jovial locuacidad, de un animoso talante optimista que contagiaba a sus acompañantes. Usando de su lengua valenciana, cuando en un viaje surgía una complicación cualquiera: retrasos de trenes, pérdidas de empalmes, dificultades de alojamiento o decepciones de cualquier orden, acudía a animarnos con una frase que, según él, era frecuente en Valencia y creo que, concretamente, en Alcoy: *Tot és festa*, decía para cambiar el humor cariacontecido de sus compañeros cuando lo adivinaba. E invariablemente bromeaba o iniciaba alguna de sus inagotables narraciones que, con su memoria asombrosa, estaban siempre dispuestas a brotar de su recuerdo: aventuras de viaje, intimidades políticas de la Restauración, detalles históricos, etopeyas de familias conocidas... Porque don Elías, que tuvo fama

de hombre de rigurosa erudición, de hombre de datos y precisiones menudas, era lo más opuesto a ese tipo de sabio libresco y alicorto. A él le interesaba la vida, y por ello yo he aprendido a su lado indeciblemente, no sólo de arte, de obras de arte, sino de muchas otras cosas insustituibles que su experiencia atesoraba y que los libros no enseñan. No, no fue su existencia la de un seco tragalibros, sino más bien la de un observador infatigable de la vida, que le atraía por encima de todo, lo que le distinguía de muchos de sus colegas, atentos solamente a sí mismos, a su ciencia, sus textos, su importancia o su vanidad.

Más que de bibliotecas —y él las frecuentaba asiduamente— era hombre peregrinante, viajero. El sabía que, sobre todo en su tiempo, con medios aún poco avanzados en la reproducción de obras de arte, nada podía sustituir a la contemplación personal de las obras mismas, que había que alcanzar viajando, fatigosa e infatigablemente. Creo que en su época fue —sin ser diplomático, ni millonario caprichoso— uno de los españoles que más viajaron, porque necesitaba hablar de las obras de arte *de visu* y no por lecturas o fotografías. Y además porque le encantaba.

Muy pasados ya sus sesenta años, era capaz de coger un tren en una solitaria estación de la España de aquel tiempo y dejarlo en plena noche en una parada propicia por el gusto de cruzar el puerto de una sierra a pie, solo, por la carretera, y ver amanecer desde la cumbre. Decídmelo si esto, que acaso sólo yo he sabido, no revela grandeza, amor y sensibilidad para la obra de Dios que es el mundo. En 1909 hizo un viaje a Rusia, donde pocos españoles que no fueran diplomáticos habían estado, para ver y estudiar con detalle los cuadros españoles del Museo de San Petersburgo, el famoso Hermitage, del que trajo catálogos y notas que le permitían hablar con autoridad de lo que ningún colega de sus tiempos había visto.

Hasta los últimos años de su vida, hasta que sus trastornos circulatorios se lo permitieron, don Elías amó los viajes sobre todas las cosas del mundo. Porque para él, a diferencia de tantos historiadores librescos como aún se dan entre nosotros, lo importante era el encaramiento con la obra de arte, su contemplación y su fruición. Recuerdo que en el primer día de su clase de Historia del Arte del doctorado de Madrid, una de las cosas que no se le olvidaba nunca decir al maestro, tan fomentador de la investigación en sus alumnos, era lo siguiente: «Y no olviden ustedes que el mejor texto de historia del arte es un billete kilométrico», método de viajar en ferrocarril —aún no estaba extendido el avión como usual medio de viaje—, que era el más cómodo y barato en aquellos tiempos.

Constantemente repetía a sus alumnos y a sus amigos, que se admiraban de su constante peregrinar, la paráfrasis de la vieja frase latina: «Vivir no es necesario, pero viajar es necesario.»

Y así, cuando ya no pudo viajar a consecuencia de una rotura de huesos con motivo de una caída en

la nieve, en una fría madrugada de invierno madrileño, dejó de interesarle vivir. Y el resto de su existencia fue para él un árido desierto sin interés y el inicio de su declinar vital, definitivo.

Recuerdo que entre él y su viejo amigo el duque de Alba existía algo así como una competencia en cuanto a conocer los más recónditos y apartados rincones de España. Comensal del palacio de Liria una vez a la semana, se relataban allí los últimos viajes y excursiones por los rincones de nuestro país, y el duque experimentaba una ingenua alegría cuando en el relato de una reciente excursión comprobaba que había estado —lo que ocurría pocas veces— en algún lugar que Tormo no había visitado todavía. Es que Tormo había entrado en la historia del arte, como afición incontentible, por la vía visual preferentemente, antes de ser un profesor y un especialista.

Nacido en Albaida, repito, en la calle Nueva, número 6, de un industrioso linaje dedicado polifacéticamente a los alcoholes, la cera y la política, don Elías creció muy ligado a toda su familia, pero se crió en la casa de su tío Juan Tormo, soltero, muy entusiasta de las disposiciones del sobrino, y con algunos bienes de fortuna; el tío fue su segundo padre, adivinando en el joven Elías un porvenir brillante, intelectual y acaso político. No se engañó. El tío le empujaba a dedicarse a la Universidad: «Tu debes ser catedrático», repetía. Y al preguntarle el sobrino por qué insistía tanto en ello, el prudente varón le contestaba con profunda sabiduría: «Porque el catedrático vive rodeado de jóvenes y eso es un privilegio que prolonga y refresca la vida.» Y fue catedrático y conservó la juventud del alma mientras el cuerpo se lo permitió.

Estudió Derecho en Valencia; fueron aquellos años universitarios bastante revueltos, especialmente en esta ciudad, que no hay nada nuevo bajo el sol. Valencia era políticamente un feudo de las facciones republicanas, muchas veces en lucha entre sí, y ya habrá entre los valencianos de hoy muchas gentes a quienes no les suenan a nada lo que fueron los tiempos de Blasco, de Azzati o de Soriano. En la Universidad, Tormo, ferviente católico, se avezó a la actitud defensiva de sus convicciones. Para encauzarla ante un ambiente hostil, surgió una Asociación de Estudiantes Católicos que hizo valer sus derechos al respeto y a la consideración de los adversarios, a veces no sin riesgo. No se crean los que desconocen la historia, que la vida universitaria actual es la única que ha conocido los disturbios. En aquellos tiempos de libertad legal ésta podía ejercerse, llegado el caso, tumultuosamente, sin que ello asustara excesivamente a nadie, y menos que nadie a las autoridades, que tenían bien presente su primordial deber de presidir imparcialmente a la libre manifestación de las ideas. Yo le he oído relatar a don Elías revueltas estudiantiles de Valencia del octavo decenio del pasado siglo, al lado de las cuales los sucesos universitarios de hoy pueden parecer un sainete ensayado. Una vez, los estudiantes en masa, estuvieron a punto de asaltar la

casa particular del rector por una decisión que pareció a los estudiantes injusta. Pero para defender los derechos es necesaria la libertad, y don Elías, católico y conservador, amaba y practicaba la libertad desde lo más profundo de sus convicciones.

En unos breves apuntes autobiográficos que escribió en sus últimos años con destino a sus nietos y que alguna vez he hojeado, decía que sus más remotos recuerdos se remontaban a 1875, con motivo de incidentes de la guerra carlista en su pueblo, Albaida. Ya estudiante de Derecho en Valencia, le correspondía disertar un día en la clase de un profesor de avanzadas ideas y que hacía gala de ellas en sus explicaciones de cátedra; don Elías, es decir, el alumno, con todo respeto y corrección, expuso sus puntos de vista sobre una determinada materia, contrarios en todo a los del profesor en cuestión. Pero por ello mismo, entendiéndose bien, aprendió la necesidad del respeto a las ideas ajenas para tener derecho a exigirlo también para las suyas. Y toda su vida supo apartar con exquisita delicadeza las propias convicciones políticas o religiosas de la estimación personal o aun la amistad con colegas o discípulos que diferían de él en su ideología, que ésa es la libertad bien entendida. «Gran virtud del maestro la tolerancia», escribía cuando le correspondió en la Academia de la Historia hacer el elogio de su antecesor don Gumersindo de Azcárate, antiguo profesor suyo, al sucederle en el sillón académico. La tolerancia, don Elías la practicó siempre. Víctima en su familia, por partida doble, de las crueldades de la última guerra civil, jamás le oí una palabra de odio o de rencor, porque sentía en cristiano y anhelaba la reconciliación de todos los españoles.

Brillante alumno de la Facultad de Derecho, otra vocación germinaba bajo los estudios jurídicos, y así, no habiendo entonces en Valencia Facultad de Letras, venía a Madrid a examinarse de sus materias como alumno libre, en las primaveras. Conoció pronto la corte y frecuentó asiduamente el Museo del Prado, al que había de pertenecer después como patrono, residiendo ya en la capital de modo estable cuando a Madrid fue a doctorarse hacia 1890. En Valencia y en Madrid se había aficionado grandemente a la música, y era asiduo a los pocos conciertos que era posible oír entonces en la corte, así como a las temporadas de ópera en el teatro Real. Decidió hacer oposiciones a cátedras de la Facultad de Derecho, y para ello hubo de pasar largas temporadas en Madrid, frecuentando el Ateneo y las bibliotecas que necesitaba para su preparación.

Entretanto practicó la abogacía, hizo fraternal amistad con un joven valenciano de gran porvenir, Marcelo Cervino, infortunadamente malogrado, y con cuya hermana había de casarse. En los bufetes de Gamazo y de Maura hubo de entrenarse en la práctica forense, y la amistad y la fidelidad, incluso política, a don Antonio Maura fue mantenida por él a lo largo de su vida. Maura, conociendo su vasto

saber, le confió la dirección de la educación superior de sus hijos, llegando a ser inseparable y fidelísimo del gran jefe del partido conservador, tanto como de Gabriel, el delfín. Pero la vocación por el estudio del arte seguía latiendo fuerte en su ánimo. Mientras preparaba cátedras de Derecho y residía en una pensión del viejo Madrid, creo que en la misma calle en que murió Larra, no lejos del teatro Real, para distraerse de sus áridas sesiones de áspero estudio jurídico se entretenía exponiendo en su cuarto las láminas de una publicación alemana que editaba cuadernos de reproducciones de obras de arte. No recuerdo su nombre, pero la he visto entre sus libros, y creo que su hijo y mi amigo Juan Tormo, hoy catedrático de Historia en esta ciudad, conservará esta publicación con la biblioteca de su padre, en su querida Casa del Angel, junto a La Encina, donde don Elías, ya casado, solía pasar los veranos... cuando no andaba corriendo las siete partidas del mundo.

Cada semana don Elías, estudiante, opositor, cambiaba las láminas de su cuarto; devolvía a sus carpetas las expuestas y exhibía otras nuevas según criterios selectivos rotatorios. Así tenía constantemente ante la vista, familiarizándose con ellas y sabiéndoselas al dedillo, las obras capitales de cada período de la historia. ¡Y eso cuando no pensaba ni por asomo llegar a ser profesor de estas materias artísticas!

Desde su juventud fue, pues, de primer orden la cultura visual de don Elías, cuando no se disponía de los medios que hoy están al alcance de cualquier fortuna. Amigo ya de los hermanos Cervino, tuvieron en 1892 la gran oportunidad de ver y estudiar de cerca las maravillas artísticas españolas presentadas, muchas por primera vez, en la Exposición Histórico-Europea del Centenario de América de aquel año, que sirvió para la inauguración del palacio de Bibliotecas y Museos. De lo allí expuesto tomaron los tres amigos notas minuciosas, que fueron base firme de la formación histórico-artística de don Elías.

Creo que ya antes, al terminar la carrera, su tío Juan le había hecho emprender su primer viaje a París, con motivo de la Exposición Internacional de la Ville Lumière, ocasión primera de salir de España y familiarizarse con monumentos y obras de arte de otros países.

Ya en 1898 alcanzó, por oposición, la cátedra de Derecho Natural de la Universidad de Santiago. No le hubo de servir de gran cosa el éxito, porque, nada decidido a dejar sus trabajos de bufete en Madrid y no estando entonces autorizada por la ley la situación de excedencia del profesor de nuevo ingreso, renunció a ocupar la cátedra y en Madrid se quedó.

El viraje tuvo lugar cuando se crearon por primera vez, creo que en 1902, en las Universidades españolas, las enseñanzas de arte bajo el extraño y equívoco rótulo que conservaron durante bastante tiempo: *Teoría de la literatura y de las artes*, híbrido título que acaso intentaba hacer potable para los prejuicios de la época la licitud de la inclusión del arte

entre las graves disciplinas humanísticas universitarias.

El propio Tormo, en el libro-homenaje antes citado, aparecido en 1949, escribió, a petición de los editores, un prólogo en el que, sincero y modestísimo, en lo único que insiste es en lo que él consideraba sus limitaciones: «Pues no parece muy seguro que yo naciera para ello —para historiador del arte— con haber llenado al fin la parte más considerable de mi larga existencia.»

Quería decir, en cierto modo, que en materia de Historia del Arte fue un *autodidacto*, y no por su culpa. En un discurso académico pronunciado en la apertura de curso de la Universidad Central en 1909 («Las bellas artes, nueva entre las disciplinas universitarias», discurso inaugural, curso 1909-10, Madrid, 1909), don Elías trataba de abogar ante el claustro por el derecho a la existencia de la nueva asignatura, que acaso alguien creyó superflua. Recordaba yo en 1951 que un siglo llevaba en Europa la historia del arte en el rango universitario que le correspondía: 1844, en Berlín; 1852, en Viena, lo que explica suficientemente la ventaja que la historia del arte en Alemania llevó a los demás países europeos (2).

La teoría de la literatura y de las artes daba oportunidades a sus titulares para seguir dos caminos, si no opuestos, divergentes: el de la *teoría* propiamente —Estética—, que es una disciplina filosófica y no propiamente histórica, y el de la historia artística, novedad entre nosotros, ya que estos estudios estuvieron limitados a los que entonces se llamaban *anticuarios* y hoy denominamos *arqueólogos*. Aquel año salieron a oposición cuatro cátedras, como ensayo de esta nueva disciplina universitaria: Madrid, Salamanca, Barcelona y Granada.

Tormo, que era ya abogado en ejercicio y trabajaba con Gamazo y con Maura, obtuvo la cátedra de Salamanca, que hubo de dejar al ser elegido diputado por Albaida, su tierra. Pero el arte triunfaba definitivamente sobre la abogacía y la política. Cuando años después se creaba una cátedra de Ampliación de Historia del Arte en los cursos del Doctorado de Historia en la Facultad de Madrid, Tormo fue designado para ocuparla (3).

Ya había comenzado a dar muestras de su infatigable laboriosidad en los estudios de Historia del Arte, tan verdes entonces entre nosotros. De 1900, año de una memorable exposición de Goya, celebrada en el recientemente erigido Ministerio llamado entonces de Fomento, fue el primer estudio monográfico importante de Tormo en relación con las artes. Hizo don Elías estudio detenido, aun hoy tan valioso como lo fue entonces, acertado y precursor, de las pinturas

(2) Véase mi trabajo *La fundamentación y los problemas de la historia del arte*, Madrid, 1951.

(3) En 1903 había hecho oposiciones a la Historia del Arte de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, cátedra que obtuvo don Rafael Doménech, a quien yo, con el tiempo, había de suceder en 1942.

del maestro aragonés, abordando con sagacidad y crítica singular su ordenación en épocas (4).

Como fue Tormo, ya catedrático en Madrid, el primero que abordó en serio el estudio directo de Zurbarán en sus obras maestras, las de Guadalupe —entonces un rincón del mundo difícil de alcanzar para un estudioso—, en su monografía publicada en 1906. Fue también precursor, como su amigo y colega francés Emile Bertaux, en la exploración y estudio de nuestros primitivos, *terra incognita* aquí y fuera de España, dedicación que culminó en relación con su tierra valenciana en su estudio de 1912 *Las tablas de las iglesias de Játiva*, y al año siguiente, su cumplida monografía, de asunto valenciano también, *Jacomart y el arte hispano-flamenco cuatrocenista*, que, en cierto modo, y para sólo referirme ahora a su contribución a la historia del arte en Valencia, puede ponerse al lado de sus estudios, reveladores muchos de aspectos desconocidos o no atendidos, sobre *Yáñez de la Almedina* (1916), *Ribalta* (1916), *El arte barroco en Valencia* (1920), *La catedral gótica de Valencia* (1923), *El museo diocesano de Valencia* (1923) y tantos otros, como su monografía sobre *Rodrigo de Osona*, en la que tuve ya el honor de colaborar con el maestro en 1933.

Toda esta tarea de atención al arte de su región natal se corona con la exhaustiva guía *Levante* (1923), obra capital que será de obligada consulta para todos los valencianos o los que estudien el arte de esta región, tan fecunda en arte, así como melancólico testimonio de muchas obras y monumentos desaparecidos en el torbellino sangriento de nuestra guerra civil.

Don Elías, profesor en Madrid, viajero infatigable, abogado con práctica de bufete, generoso de su palabra en conferencias y lecturas, no abandonó la vida política, aunque dejó la Cámara Baja por la Alta al ser elegido senador una docena de veces en el turno concedido a la representación de entidades culturales, sociedades económicas y Universidades. Llegó a vicepresidente del Senado en 1919, y aún estuvo a punto de ser ministro con los conservadores antes de 1923.

Hubiera sido, sí, ilusión suya, que al fin se cumplió, pero tardíamente, en 1930, cuando España se agitaba bajo la inquietud política y social que la Dictadura exacerbó, aun pareciendo detenerla durante algunos años, y que iba a terminar en la República, que no le sorprendió en el ministerio por haber salido ya del poder el gobierno de que formó parte.

Cuentan que don Alfonso XIII, que tuteaba familiarmente a los políticos, llamaba de usted a muy po-

(4) Llamóse el estudio «Las pinturas de Goya y su clasificación y distribución cronológica», primer intento de ordenación *de visu* de la producción goyesca, lleno de anticipaciones y de visión certera. Se incluyó en el volumen *Varios estudios de artes y letras*, en un tomo I que no tuvo segundo. Precede a la monografía sobre Goya en este libro su también muy notable y precursor «Desarrollo de la pintura española del siglo xvii», resumen de un curso de conferencias en el Ateneo de Madrid. La fecha de publicación del volumen es la de 1902.

cas personas: entre ellas estaban don Antonio Maura y don Elías Tormo. Y don Elías, fidelísimo siempre a sus convicciones, no tuvo empacho en disentir con firmeza de su propio jefe y de aconsejar, sin lagoterías, al propio monarca cuando los graves acontecimientos políticos se lo exigieron como un deber. Suyas son unas frases escritas, impresas, que he citado no hace mucho, dirigidas a un superior jerárquico, ministro de Instrucción, siendo don Elías rector (sin el enfático remoquete de *magnífico* que hoy se les endosa) de la Universidad de Madrid: «Decir la verdad y aconsejar sin miedo es deber de toda autoridad y entiendo que es servicio positivo para quienes en las alturas están agobiados por las lisonjas.» Sabia doctrina poco seguida. Amargas horas vivió en su época ministerial, amargura callada porque veía con clarividencia el porvenir, pesimismo que con nadie, ni con su propia familia, comunicaba. De todo se consolaba con sus amados estudios artísticos, con sus viajes y sus alumnos, como profesor nato que era.

De 1911 a 1913 viajó intensamente por todos los principales museos de Europa, tomando notas de todas las obras de arte españolas, notas que transcribía con su clara y menuda letra en infinitos pequeños cuadernos escolares de tapa de hule que yo manejé muchas veces y que sus hijos conservarán.

Desde 1912 fue colaborador del benemérito y ascético Centro de Estudios Históricos, en el que fue rodeándose de discípulos que habían de seguir sus huellas, como fue al año siguiente, al lado de su amigo el duque de Alba, patrono del Museo del Prado, en consejo asesor de la gran pinacoteca nacional, que acometió años después la reorganización exigida por el escandaloso robo allí perpetrado en las alhajas del llamado Tesoro del Delfín. Fue decano de la Facultad de Filosofía y Letras en este mismo año y extremó su empeño en conseguir que la seriedad de los estudios y de los grados, especialmente de las tesis doctorales, alcanzasen una dignidad europea en el rigor de la investigación y en la aportación de novedades sustantivas.

Su dedicación era infatigable a todo aquello a que se veía afecto. No faltaba nunca a clase; preparaba siempre con antelación cursos monográficos que eran —pudieron ser y algunas veces lo fueron— libros monográficos: *Velázquez y el Salón de Reinos* (1911), *Antonio de Pereda* (1916), *Bartolomé Bermejo* (1926), *Las iglesias del antiguo Madrid* (1927), *El hermano Francisco Bautista* (1928), *La vida y la obra de fray Juan Ricci* (1930), el primer libro en que colaboré con el maestro, como colaboré en su monografía *Rodrigo de Osona, padre, hijo y su escuela* (1933). Durante muchos años consolóse del rumbo poco grato que la política tomaba en España con su trabajo universitario, sus viajes con alumnos y sus escritos.

Yo fui alumno suyo —alumno tardío— en el curso 1926-1927. Cuando el dinero de la escasa subvención universitaria alcanzaba para ello, al terminar el curso del doctorado, don Elías organizaba viajes fue-

ra de España con sus alumnos del curso. Me tocó la fortuna de que en 1927 hubiera algún dinero, que se empleó en un viaje de un mes por toda Italia. Don Elías, administrando con arte inverosímil la corta cantidad de que disponíamos, tras estudio minucioso —él no necesitaba de agencias de viajes— y aprovechando toda clase de rebajas, billetes colectivos, trenes populares, *lésseras* gratuitas de entrada a los museos, etc., pudo hacer el milagro. Y cuenta que no se contentaba con llevar a sus alumnos, pues podía adherirse, mediante una módica suma de pesetas, el que se sintiera atraído por el viaje, ascética peregrinación artística. Por una cantidad de unas 900 pesetas —¡aun las de entonces!— pudimos ver ciudades y monumentos del Sur de Francia, gran parte de Italia (Génova, Milán, Monza, Pavía, Como, Venecia, Pisa, Florencia, Roma, Nápoles, Palermo, Monreale, Cefalú, Mesina, Roma otra vez y regreso), y todo bajo la experta guía del maestro, que lo sabía todo: las obras de arte, la historia, las relaciones con España, las implicaciones del pasado y las posibilidades del porvenir.

Porque en los duros bancos de tercera clase, sin dormir algunas noches, don Elías era una lección constante de cosas, de personas, de historia viva y vivida, incluso en capítulos inéditos que ningún historiador se ha atrevido a desvelar. ¡Inolvidable maestro! Todo ello tuvo su coronación ya siendo don Elías un simple catedrático bajo la República, en el cruce-ro mediterráneo de la Facultad de Letras, organizado por el entonces decano, el inolvidable don Manuel García Morente, que no desdeñó los asesoramientos de don Elías, buen conocedor ya de Grecia y el Oriente Próximo. Organizados en grupos y viajando en un barco especialmente fletado para ello, pudimos recorrer en cuarenta y cinco días Malta, Túnez, Egipto, Palestina, Turquía, Grecia, Sicilia, Nápoles y Palma de Mallorca, para desembarcar en Valencia después de la maravillosa excursión inolvidable. En ella estuve a su lado, como le acompañé en innumerables viajes por España, que casi íntegra recorrí con él, con alumnos unas veces, otras solos o en pequeños grupos, y creo que estos períodos vividos junto a una personalidad tan rica y humana como la de Tormo forman entre el mejor repertorio de experiencias de mi vida.

Pero no se puede hablar de don Elías sin referirse a su ejemplar fisonomía moral, a su rectitud y a sus virtudes. Mucho le debo científicamente, pero más aún por el hecho de haber vivido cerca de un hombre intachable, para quien el dinero o los honores no eran nada, porque sólo contaban para él la vida sencilla y hacia dentro y el amor al trabajo y a la patria, callada y modestamente, demostrados en la tarea diaria, en la formación de su familia y el contacto y compañía de sus alumnos. Siempre decía que su mayor gusto era dedicarse, por deber, en sus trabajos escritos a aquellas ingratas tareas que por su modestia o su ardua dedicación no solían atraer a otras gentes.

Así nacieron sus *Seríes Icónicas de los Reyes de España* (1917), sus estudios sobre *Las Descalzas Reales* (1917-1945), sobre la arquitectura de las *Iglesias madrileñas* (1927), de los *Monumentos españoles en Roma* (1942), su edición espléndida de los *Diseños de Francisco de Holanda* (1940), etc.

Tuvo el gran disgusto de que, por motivos políticos, se le apartase de la misión que le ilusionaba. Cifrabá esta ilusión en realizar una *Guía artística de España* tan completa y *de visu* como la que de Valencia publicó, algo que hubiera sido semejante a las admirables guías del Touring Club de Italia; quería ser al día el don Antonio Ponz del siglo xx. Le ayudaba a ello el incipiente organismo del Turismo español creado en los años de la Dictadura; para estas tareas requirió la colaboración de algunos antiguos discípulos, yo entre ellos. La obra iba muy adelantada y hubiera sido insustituible. Pero esta admirable iniciativa fue cortada por la política. La subvención no la cobraba él, la repartía entre sus colaboradores. A don Elías lo único que le interesaba era el billete de libre circulación que le permitía viajar por España a su placer. La República tuvo el mal gusto de negarle el billete y la subvención y de apartarle de esta tarea tan útil para España y con la que deseaba rematar su vida. Su contrariedad fue extrema, hasta el punto de que hizo voto de no ocuparse ya de arte español en el resto de su vida. Y, en efecto, sólo de monumentos nuestros trataba cuando alguna de las Academias a que pertenecía le encargaba un informe, que él realizaba, escrupuloso, después de estudiar y visitar el monumento, hasta el punto de que estos dictámenes publicados en los boletines de las Academias respectivas son monografías de obligada consulta. Dedicóse entonces a estudios históricos y a viajes por Italia y por Oriente, que repitió con frecuencia antes de nuestra guerra civil. Y después de ella, encontrándose vigoroso y maestro de vocación, pese a dolores e intervenciones quirúrgicas, se hizo maestro libre en sus conferencias y en sus cursos libres y gratuitos, los que solía dar semanalmente en el Museo del Prado y que le crearon un libre núcleo extra-universitario entusiasta de alumnos que quiso dedicarle como agradecimiento una medalla, que esculpió su gran amigo y mío el escultor Enrique Pérez Comendador.

Importante, capital es su figura en la contribución a la posibilidad de construir una historia del arte español, en lo que se refiere a su labor docente y científica; pero lo que más ejemplar resulta para mí, al paso de los años y de los tiempos, es su radical integridad, la solidez de los principios éticos y religiosos sobre los que basó su vida. Don Elías fue un ejemplo de rectitud y de honestidad, tanto pública como privada, que sus hijos y sus discípulos conservan en su recuerdo como algo precioso y, ¿por qué no decirlo?, excepcional para los tiempos que corremos. Al honrar su memoria con motivo de cumplir el centenario de su nacimiento, no sólo recordamos al sabio y al pro-

fesor eminente, sino al hombre de intachable conducta, rico en aquellas virtudes personales y cívicas que contribuyen a formar la base de la grandeza moral de una nación. Por mi parte, añoro en mi recuerdo al maestro ejemplar, al entrañable y paternal varón que ejerció una imborrable influencia en mi vida y cuyo recuerdo me ha mantenido en alto en horas angustiosas y difíciles, asegurándome de estar en el camino recto, por encima de logros, provechos, ambiciones y vanidades. Ese es el don Elías Tormo que me interesaba más evocar hoy entre vosotros.

No quiero hablar, para no entristecerme y entristecerlos, de sus últimos años, en los que la memoria le falló, haciéndole imposible el trabajo y aun la vida de relación. Se sobrevivió a sí mismo, que es la más triste cosa para un hombre de su carácter y su actividad infatigable, generosa.

Pocos días después de leer el discurso de contestación a mi ingreso en la Real Academia de San Fer-

nando, al salir a su misa de seis de la mañana, un invernal día de nieve, una caída y la rotura del fémur le obligaron a permanecer inmóvil durante largos meses, y esa inactividad en hombre tan vital y laborioso fue, creo yo, el origen de su decadencia física, que llevó con paciencia santificable. Cuando la muerte le llegó, era aún un cuerpo vigoroso, pero regido por un cerebro mal regado que le negaba los consuelos del recuerdo y la memoria.

Fue uno de los fundadores de la Historia del Arte en España, un maestro insustituible, un hombre bueno, sabio y humano, y un ejemplo de rectitud sin compromiso, que es el mejor legado que pudo dejarnos a los que le amamos y fuimos sus discípulos. No puedo prolongar esta disertación, pero terminaré expresando mi honda satisfacción por participar en este homenaje a mi maestro pronunciando estas torpes palabras en su honor aquí, entre vosotros, en su Valencia amada y entrañable.